

# Prefacio



Este ensayo nace de una meditación que inicié hace ya algunos años y que en parte ha guiado mis lecturas durante ese tiempo. Su germen está en dos intervenciones en sendos *Congresos de filósofos jóvenes*. La primera se llamaba *La metafísica de Descartes como novela* y el contenido, que no conservo, se ajustaba de modo muy preciso al título: consideraba la filosofía de Descartes como una novelita. Creo recordar que el texto comenzaba con la lectura del fragmento en el que Gregorio Samsa despertaba al inicio de *La Metamorfosis*, lectura que me servía para comparar esa descripción con la metamorfosis sufrida por Descartes en el *Discurso* y en las *Meditaciones*, a medida que iba avanzando en el proceso de la duda metódica. La otra intervención se titulaba *La trampa del genio maligno y algunos aspectos de la legislación mercantil*. Se trataba de comparar, a partir del carácter coetáneo de la obra de Descartes y de las primeras sociedades por acciones, la estructura del *cogito* y la de las acciones de las Sociedades Anónimas tal como las describe el Código de Comercio.

Durante mucho tiempo no volví a ocuparme de Descartes, pero de algún modo las reflexiones que hice entonces siguieron viviendo en mis trabajos de especialización en torno al Idealismo alemán y después en mi dedicación a la génesis del nihilismo. De hecho mi recorrido en el ensayo *Nihilismo y modernidad* me había llevado a pensar que la habitual equiparación entre modernidad e Ilustración era fuente de no pocos errores. Y creo que fue esa nueva reflexión la que reactivó tiempo

después aquellas ideas lejanas en torno al relato cartesiano. La posibilidad misma de que el genio maligno, y no el *cogito*, fuera el, llamémosle así, principio de la modernidad, me resultó enormemente reveladora. En realidad me pareció que la modernidad era más bien el elemento descriptivo y la Ilustración el momento moral, en los términos en que Foucault hablaba precisamente de ella como ética de la modernidad. Lo que este ensayo pretende ofrecer es una aproximación a ese momento descriptivo, y a medida que lo he ido desarrollando me he encontrado con objetos con los que no contaba, objetos que finalmente han tenido un peso decisivo para la estructura del ensayo, pues dan nombre a las partes del mismo: terror, melancolía y delirio. Han sido ellos los que se han mostrado y los que en cierto modo se han erigido en personajes, como les ocurre a los novelistas cuando inician un relato y este va cobrando vida.

Finalmente deseché el título *Modernidad sin fondo*, con el que quería expresar cierta ambigüedad, pues la expresión *sin fondo* puede entenderse desde luego como ausencia de fundamento en el sentido de *Grund*, vocablo alemán que, además de suelo y fondo, significa razón y fundamento, y del que toda una tradición, al menos desde Jacobi a Heidegger y sus seguidores, ha hecho amplio uso crítico. En este sentido, el título aludiría literalmente a la posibilidad de pensar o de describir una modernidad sin ese *fundamentum inconcussum* cartesiano del que se habla a lo largo de la obra. Pero puede querer significar igualmente un contenido para eso que habría más allá, para un nuevo *fundamento* que en este sentido no lo es, sino que consiste en ausentarse, en vaciarse a sí mismo, en retirarse a medida que descendemos o avanzamos en su busca, en algo parecido tal vez a un abismo. Y cabe todavía otra posibilidad, la de pensar que la expresión *sin fondo* se refiere únicamente a la pura superficie, la cual a su vez puede entenderse en su literalidad o permite afirmar que lo más profundo es lo superficial y viceversa, posibilidad que se concreta sobre todo en el *epílogo*.

Mi amigo y colega David Teira tuvo la paciencia y la generosidad de ir leyendo distintos borradores del ensayo. Su lectura y sus observaciones no solo ayudaron a eliminar algunas deficiencias, sino que constituyeron un importante estímulo para la finalización del texto. También quiero agradecer su interés y sus valiosas observaciones a Ana Carrasco Conde, especialista en Schelling y en algunos otros de los aspectos que se tratan en el ensayo. Igualmente han sido un estímulo los comentarios que de Xavier Aurtentxe, desde su Schwabing muniqués. Debo agradecer a Marcos de Miguel, responsable de Plaza y Valdés en España, la renovada confianza que me ha ofrecido, así como el meticuloso trabajo de lectura y sus valiosos comentarios. Guiomar me apoyó como siempre, tuvo que soportar algunas incomodidades, corrigió partes del texto y vivió de cerca el proceso. Sin ella no lo habría escrito. Hay un número considerable de personas que, si bien no han intervenido directamente en el momento de la elaboración del libro, a lo largo de estos años tuvieron la paciencia de escuchar mis especulaciones y mis dudas, así como la generosidad de ilustrarme sobre los asuntos que aquí se tratan. Los que de entre ellos lean estas líneas sabrán reconocer también mi agradecimiento.

